

Justino Zavala Muniz y la Revolución de Enero

Gustavo Toledo

*Departamento de investigaciones
de la BNU*

«Y ahora... mírenlos y contesten: ¿Para qué murieron?».
Justino Zavala Muniz, «Revolución de Enero. Apuntes
para una crónica».

Resumen



155

Justino Zavala Muniz (1898-1968) fue un escritor, dramaturgo, periodista y parlamentario con un largo y prolífico recorrido en el mundo de la política y la cultura nacional, y, lo que es menos conocido, una destacada actuación como revolucionario en el levantamiento armado de enero de 1935, que buscó poner fin al régimen iniciado tras el golpe de Estado de 1933. Participación que Zavala Muniz reivindicó como el episodio más trascendente de su vida pública. A su rol como soldado y oficial del ejército revolucionario se le suma su condición de cronista, a la que echó mano para retratar ese suceso en *Revolución de Enero. Apuntes para una crónica*, que publicó ese mismo año. Me propongo en este artículo centrar mi atención en ese episodio, repasando los hechos que le dieron forma y analizar los factores que lo condujeron a recorrer ese camino, aprovechando la oportunidad para abrir una ventana a ese momento de inflexión de nuestra historia.

Zavala Muniz y su circunstancia

Si cada individuo es uno y su circunstancia, como enseñó el filósofo José Ortega y Gasset, la trayectoria política e intelectual de Justino Zavala Muniz (y en especial su participación en la revolución

de 1935, de la que fue soldado, oficial y uno de sus principales cronistas), se explica en función de la doble circunstancia en la que le tocó nacer y asomarse a la vida pública.

Por un lado, la familiar, en tanto descendiente de revolucionarios por ambas ramas sanguíneas, que el azar cruzó en tierras arachanas; y, en consecuencia, heredero de una tradición marcada por la épica y la tragedia que buscó reflejar en su literatura y en cierto modo emular. Por otro, la histórica, en tanto producto de un tiempo convulso y liminal, en el que tomó partido por las ideas de justicia social y democracia representadas por el batllismo y en nombre de las cuales levantó su fusil (y su pluma) en la llamada Revolución de Enero o Tricolor, en contra del régimen impuesto por Gabriel Terra y sus acólitos tras el golpe de Estado de 1933, forjando así su propia leyenda como hombre de acción.

Como sucedió con otros intelectuales de su tiempo (André Malraux, Miguel Hernández, César Vallejo, etc.) el destino golpeó a su puerta, y Justino Zavala Muniz no hizo oídos sordos. Consciente, quizás, siguiendo la máxima orteguiana, de que solo salvando su circunstancia podía salvarse a sí mismo; y así lo hizo. O, al menos, eso intentó hacer.



Melo

Para comprender el marco en el que se inició su periplo vital y literario, es preciso volver al punto de partida: Melo, capital del departamento de Cerro Largo. Una ciudad de casas chatas y aspecto apacible convertida en la caja de resonancia de los viejos odios y disputas entre caudillos que jalonaron los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX.

Allí se radicaron sus padres, José Alberto Zavala y Eugenia Segundina Muniz, hija mayor del general Justino Muniz, luego que las huestes de Antonio Floricio Saravia, más conocido como *Chiquito*, incendiaran su casa-comercio y muriera asfixiado uno de los hijos del general, Segundo, de apenas 10 años. El episodio tensó los ánimos e hizo que el enfrentamiento entre *saravistas* y *municipistas* escalara a un punto sin retorno. La deuda de sangre recién se saldó en la batalla de *Arbolito*, el 19 de marzo de 1897.

Justino Julio Zavala Muniz nació el 16 de julio de 1898,¹ en un ambiente todavía marcado por la crispación y la violencia, que recién se extinguieron en 1904, tras el último levantamiento encabezado por Aparicio Saravia. Con aquella guerra, cuyos ejércitos vio desfilar ante sus ojos siendo un niño, terminó la política de coparticipación entre colorados y blancos, se consolidó el poder central y se unificó política y administrativamente el país. *El Cordobés*, la histórica estancia de los Saravia ubicada a 130 km de la capital melense, ya no sería la sede de un poder paralelo, ni un obstáculo para los planes de modernización impulsados desde Montevideo. Un nuevo Uruguay se abría paso.

Como se dijo, corría por las venas del pequeño Justino sangre de revolucionarios. Por parte de los Zavala, la de su abuelo Genaro, vasco de nacimiento y exestudiante en el Seminario de Loyola, quien emigró a Uruguay a mediados del siglo XIX, luego de haber combatido en tierras hispanas bajo las órdenes de Tomás de Zumalacárregui² en las guerras carlistas. Por el lado de los Muniz, la de su abuelo Justino, de quien lleva su nombre, y que a su vez era nieto de José Muniz,³ oficial de caballería de José Artigas, en 1811, y a quien le tocó cubrir la retirada de Fructuoso Rivera en *India Muerta*.

Por ello, no llama la atención que, gracias al impulso de su padre, se haya iniciado en el mundo de los libros a través de la lectura de las hazañas de *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes y los sucesos que jalonan *La Revolución Francesa* de Adolphe Thiers,



1 Era uno de los ocho hijos que tuvo la pareja.

2 Tomás de Zumalacárregui y de Imaz (1788 -1835) fue un militar español de origen vasco, que sobresalió en la llamada guerra de la Independencia (1808-1814). Tras la muerte de Fernando VII en 1833, se unió a la causa de Carlos María Isidro de Borbón, quien pretendía ocupar el trono de España, y le tocó organizar el ejército carlista del norte. Al principio, basó sus acciones en la lucha guerrillera, pero en los últimos meses de 1834 aceptó combates directos, que culminaron con importantes victorias. Extendió su dominio a toda la región de Navarra y pasó a luchar contra los liberales en Vizcaya y Guipúzcoa. Buscó tomar Vitoria y marchar sobre la capital, pero Carlos de Borbón le ordenó tomar Bilbao. Murió a consecuencia de una herida sufrida en el asedio a dicha ciudad.

3 Cuenta Julio Caporale Scelta en el prólogo de *Crónica de la Rreja*, que uno de los hermanos de José Muniz, Manuel Tomás, se inició en la revolución de 1811, peleó en las Provincias Argentinas, cayó prisionero en la derrota de Sipe-Sipe y fue libertado luego, gracias a un canje, por el general José de San Martín. Este lo llevó consigo en la expedición de los Andes y luego participó en la batalla de Ayacucho. De regreso al Uruguay, intervino en la batalla de Ituzaingó y murió en el departamento de Cerro Largo en el año 1852, con el título de *Coronel benemérito de la Patria*. Ver: Justino Zavala Muniz, *Crónica de la Rreja*, Madrid, Aguilar, 1954, p. 14.

o que se viera a menudo fascinado por las historias que narraban los paisanos de la estancia de su abuelo materno, rememorando antiguas patriadas o especulando con otras por venir. Allí, entre libros y fogones, aprendió que hay causas que están por encima de los intereses personales; y, aún sin distinguir la frontera entre la ficción y la realidad, empezó a formar la argamasa con la que luego construyó su propia literatura.

En ese contexto, luego de culminar el ciclo escolar ingresó al liceo, en el que alternó sus estudios con la publicación de artículos en un periódico estudiantil (*La voz del Este Fígaro*) y su participación en las actividades de la Asociación de Estudiantes *Grecia*, que llegó a presidir.

Para ese entonces, ya estaba plantado en el centro de la pequeña escena cultural arachana como una joven promesa de las letras, al igual que sus coterráneos Emilio Oribe, Juana Ibarbourou y Casiano Monegal, con los que había entablado contacto y en algunos casos amistad.



Montevideo

En 1917, con veinte años, pegó el salto a la capital. Gracias a las buenas calificaciones que obtuvo en sus estudios secundarios, consiguió una beca que le permitió radicarse en Montevideo con el objetivo de cursar la carrera de abogacía (que nunca completó).

Con el telón de fondo de la Gran Guerra y el estallido de la revolución rusa, a nivel internacional, y el plebiscito por el cual se aprobó la reforma constitucional que estableció la novedad de un poder ejecutivo bicéfalo, a nivel local, el joven melense se abrió a la vida política a través de la militancia estudiantil (se incorporó al Centro de Estudiantes Ariel,⁴ fundado ese mismo año) y la lucha por la Reforma Universitaria.

4 El Centro de Estudiantes Ariel fue fundado en 1917, coincidiendo con la muerte del escritor José Enrique Rodó, lo que hizo que lo bautizaran de ese modo, en honor a su ensayo más conocido e influyente: *Ariel*. En 1919, bajo la dirección de Carlos Quijano, el centro editó y publicó la revista *Ariel*, dirigida a la «juventud universitaria del país», en la que se proclamaba que su objetivo central era «sostener el programa de idealismos que José E. Rodó legara a la juventud de América». Los arielistas, entre los que se contaban Arturo Lerena Acevedo, Eugenio Fulquet, Agustín Ruano Fournier, Adolfo Folle Juanicó, Aurelio Barrios

En 1921, publicó *Crónica de Muniz*, una mezcla de historia novelada, alegato histórico y panegírico familiar, que había escrito a los diecisiete con una intención estrictamente personal: reivindicar la figura de su abuelo, Justino, cuya vida y acción habían sido objeto de polémica y al cual algunos escritores de filiación nacionalista como Luis Alberto de Herrera y Javier de Viana habían denostado duramente. Como se sabe, el general Justino Muniz se enfrentó en su momento al caudillo colorado Venancio Flores, participó en la Revolución de las Lanzas (1870-1872) y en la Revolución Tricolor (1875), pero luego se pasó al bando colorado, desde donde combatió los levantamientos armados de 1897 y 1904 liderados por Aparicio Saravia.

Vale señalar que esta obra es la primera de una saga de *crónicas* que se prolongó a través del tiempo, y con la que Zavala Muniz consiguió hacerse conocido en el mundo de las letras.

Por ese entonces, el expresidente y líder de la fracción mayoritaria del Partido Colorado, José Batlle y Ordóñez, se interesó en conocerlo.⁵ El encuentro estuvo signado por un comentario de Zavala Muniz que sonó a reclamo: «Mi abuelo fue más amigo suyo, que usted de él» (Rabajoli de Zavala, 2002: 4),⁶ aludiendo al vínculo que los unió durante la guerra del 04. Así y todo, es de presumir que la impresión que el joven estudiante le causó debió ser positiva, ya que Batlle lo invitó a integrarse a la redacción del diario *El Día*, que él mismo dirigía, y a una lista batllista para el Legislativo departamental de Montevideo, al que accedió en 1923 y luego presidió entre 1925 y 1926. Ese fue el primer paso de una larga carrera política que lo llevó a ocupar diversos cargos parlamentarios y de gobierno (edil,



Amorim, Eugenio Petit Muñoz, Carlos Benvenuto y Justino Zavala Muniz, compartían la idea de que la juventud latinoamericana debía «lanzar a los cielos la nueva esperanza» y «combatir el escepticismo imperante». Ver Isabel Wschebor, María Eugenia Jung y Vania Markarian (15 de junio de 2018). *Córdoba y sus repercusiones locales. La diaria*, <https://ladiaria.com.uy/libros/articulo/2018/6/cordoba-y-sus-repercusiones-locales/>.

5 La fascinación de Justino Zavala Muniz por la figura de José Batlle y Ordóñez y sus ideas se manifestó en forma permanente a través de sus artículos periodísticos, sus intervenciones parlamentarias y especialmente en un libro que le dedicó en 1945, *Batlle, un héroe civil*, publicado por el Fondo de Cultura Universitaria, en el que realiza un relato pormenorizado de su trayectoria vital y el contexto social y político que atravesó.

6 La cita fue extraída de un trabajo realizado por Graciela Rabajoli de Zavala, sobre la base de un estudio biográfico confeccionado por el propio Justino Zavala Muniz.

diputado, senador, ministro de Instrucción Pública, presidente del SODRE, etc.).

En paralelo, dirigió junto al escritor y diplomático Eduardo Dieste la revista *Teseo*, órgano de la agrupación del mismo nombre (que también presidió), que buscaba exponer los valores y tendencias del arte y pensamiento de su tiempo, y en la que confluyeron escritores, poetas, artistas plásticos y músicos como José Cúneo, Carmelo de Arzádum, Alberto Zum Felde y Enrique Casaravilla, entre otros.

Política y letras

Casi sin proponérselo, y en poco tiempo, Zavala Muniz se convirtió en uno de los primeros exponentes de un tipo de intelectual nuevo en nuestro medio, el intelectual *profesional* (o *burocrático*, dirán sus críticos), con un pie en la función pública y otro en el campo cultural, obligado a hacer equilibrio entre sus responsabilidades institucionales, su vocación literaria y sus ideales reformistas. Una suerte de intelectual *orgánico*, a la uruguaya.

Dice el crítico literario Fernando Aínsa Amigués al respecto:

en el 20 ya está lanzada la semilla de la profesionalización del escritor, el mayor respaldo social que tendrán en una clase social emergente —la clase media— y en un partido político —el batllismo—, el cual encontrará para ellos fórmulas burocráticas, diplomáticas o periodísticas (*El Día* fue un refugio profesional para muchos). Y, si bien Uruguay no tuvo una clase de escritores aliados a los grupos tradicionales del poder, la temática ha podido dividirse entre la conformista y conservadora de valores no siempre muy clarificados y aquella que introducía, generalmente por formas satíricas, un elemento de desafío a los buenos usos y costumbres de la pacatería reinante, aunque sin enjuiciar el régimen social y económico que los sustentaba. Aliados tácita o directamente (como Bellán⁷ y Zavala Muniz) a aquellos movimientos políticos que en definitiva no pretendieron otra cosa, los escritores empezaron a dejar de ser los bohemios marginales de otrora, una actitud que pareció másavenida con los autores teatrales (1968: 291).

7 El autor se refiere a José Pedro Bellán (1889-1930), escritor, maestro y político identificado con el Partido Colorado, de reconocida labor como dramaturgo, cuentista y narrador. Tío, además, de la poeta e integrante de la Generación del 45, Amanda Berenguer Bellán (1923-2010).

En cuanto a los temas que aborda y al modo en el que lo hace, Aínsa Amigués le reconoce el mérito de «haber novelado una sincrética fórmula del esquema tradicional “civilización y barbarie”. Peleando políticamente por la primera, ha comprendido y participado emotivamente de la segunda» (291).

En su prólogo de *Crónica de la Reja*, Julio Caporale Scelta, periodista y crítico teatral, señala que:

Con Zavala Muniz se inicia una generación que contesta desde el campo a la ciudad. Sus personajes campesinos, sea cual sea su característica moral, son personajes afirmativos, y están imbuidos de esperanza. Y si toda su literatura tiene un sentido dramático, es porque él mismo es un hombre dramático. Cree en el hombre y en la geografía sobre la que el hombre vive, porque su temperamento tiene raíces telúricas. La tierra no es para él la complacencia en la línea pintoresca y externa, sino en lo hondo y lo sustancial; no es un tema, sino un ambiente. No es un propósito, sino un impulso. Es un motivo natural, y ello proporciona desnudez y sinceridad a su acento. [...] Sus crónicas parecen una respuesta al trágico *Facundo* de Sarmiento, porque encierran la reivindicación de una sociedad y de un tiempo frente al concepto ciudadano (1954: 16-17).



En 1925, se casó con María Elena Carvalho Miranda y el 24 de mayo de 1926 nació su primer hijo: Justino Zavala Carvalho.⁸ Ese mismo año, publicó *Crónica de un Crimen*. En esta obra, publicada bajo el sello *Teseo*, el joven autor pone el foco en el asesinato de tres mujeres ocurrido en su departamento natal, Cerro Largo, el 9 de octubre de 1913, y, más concretamente, en la figura de uno de los asesinos: Nieves Ferreira. Para su elaboración, el autor no solo llevó a cabo una exhaustiva búsqueda de datos y documentos que le permitieran reconstruir los hechos, sino que su curiosidad lo llevó a entrevistarse con el propio Ferreira mientras estaba recluido.⁹

Durante esa época, se abrió a nuevas lecturas: desde Dostoyevski hasta los filósofos de moda, pasando por los novelistas rusos. Fue ese

⁸ Justino Zavala Carvalho (1926-2000) fue fundador y director de Canal 5. Militó en el batllismo en filas del Partido Colorado hasta 1971 y luego participó en la creación del Frente Amplio. Del segundo matrimonio de Zavala Muniz, con María Julia Garayalde, profesora de Cultura Musical en la Universidad de la República, nacieron dos hijos: Francisco Alberto y Eugenia Zavala Garayalde.

⁹ Ver Carina Blixen. *Crónica de un crimen de Justino Zavala Muniz. Crónica, periodismo, literatura en Lo que los archivos cuentan 5*. BNU, 2017.

el momento en el que Zavala Muniz descubrió la *misión del escritor*, entendida desde su perspectiva como la defensa del ser humano y de aquellos valores que le son esenciales: la libertad y la justicia. Tópicos que aparecen recurrentemente en sus obras y que signan sus desvelos y preocupaciones hasta el fin de sus días.

Batlle

Zavala Muniz comenzó su carrera política autodefiniéndose «batllista» pero no «colorado» (Caetano, 2023: 146). Su identificación con el pensamiento de Batlle y Ordóñez lo llevó a ser un activo y tenaz divulgador e impulsor de sus ideas y propuestas en la prensa, la convención del Teatro Royal y el Parlamento, sin sentirse nunca parte de la tradición del Partido de la Defensa.

De ahí que la noticia de la muerte de Batlle y Ordóñez, líder y referente máximo, marcó un antes y un después en su vida, y en la del país:



162

La mañana del 20 de octubre de 1929 ilumina con ágil luz de primavera la estancia en que Batlle habla de su próxima partida del sanatorio. Todo está dispuesto ya, y hay una inquieta alegría aguardando el instante. Cuando el mediodía llegó, él quiso quedarse solo para descansar. La esperanza hizo alegre aquella despedida para tan breve ausencia. En torno a su puerta que un leal servidor aguardaba, se hizo el silencio.

De pronto, hasta allí, llegó su voz ahogada en un hondo suspiro. Y cuando le vieron, estaba serenamente tendido en el lecho. Setenta y tres años tenía, cuando en el principio de aquella tarde de primavera Batlle murió.

Para el infatigable luchador; para el que tantos años pasara atravesando borrascas de amor exaltado hasta la sangre y de odios hasta el crimen; para el héroe vencedor de la duda y el desaliento, ¡qué súbita y descansada muerte! (Zavala Muniz, 1945: 243-244).

Con el fallecimiento del expresidente, el batllismo se resquebrajó. Se formaron nuevas agrupaciones y emergieron liderazgos que modificaron el mapa político. Algunos, buscaron distanciarse de la sombra que aún proyectaba la figura de Batlle y Ordóñez, lo que los acercó a los sectores más conservadores del coloradismo; y

otros, entre ellos Julio César Grauert, Enrique Rodríguez Fabregat, Arturo Lezama y Justino Zavala Muniz, procuraron profundizar su legado, acentuando sus ribetes socializantes.¹⁰ Para ello, fundaron la Agrupación Avanzar (y el diario del mismo nombre), inspirados por el deseo de que se convirtiera en la vanguardia del batllismo y la punta de lanza de una nueva ola de reformas económicas y sociales.

Bajo el liderazgo de Grauert, a quien Zavala Muniz había conocido recién llegado de Cerro Largo en las asambleas estudiantiles¹¹ en las que se promovía la Reforma Universitaria y luego había impulsado como candidato a la Asamblea Representativa de la Capital primero y a la Cámara de Representantes después, el grupo adoptó una actitud confrontativa y un discurso radical.

En esos años de transición, fue electo diputado nacional por el departamento de Montevideo en tres ocasiones, convirtiéndose en una de las principales espadas parlamentarias del batllismo y en un orador de fuste, respetado por aliados y adversarios.

En 1930 publicó *Crónica de la Reja*, y ese mismo año, dirigió una película dedicada a celebrar el primer centenario de la Constitución.¹² Vale decir que era tal la imbricación entre sus dos vocaciones, que el manuscrito de *Crónica de la Reja* fue redactado en hojas de votación del Partido Colorado en las que el propio Zavala Muniz figura como candidato.

Para ese entonces, ya había abandonado la carrera de abogacía y se encontraba completamente abocado a la actividad política y literaria, que vivía con igual pasión y compromiso.



10 En la edición del 12 de julio de 1930 del diario *Avanzar*, su editorial principal afirmaba: «El batllismo es un gran partido y una gran obra realizada; pero es también una extraordinaria fuerza histórica apta para emprender una obra social de futuro infinitamente más considerable [...] En términos generales estimamos como lo más apreciable de la obra batllista, su carácter de socialismo positivo. Batlle fue el más grande realizador socialista de América...».

11 Vale recordar que Justino Zavala Muniz y Julio César Grauert habían compartido también el Centro de Estudios Ariel, en cuya comisión directiva figuraban los dos hermanos de Julio César.

12 Para eso, se relacionó con el fotógrafo Isidoro Damonte, con quien filmó *Los festejos del Centenario de la Jura de la Constitución de 1830*, y en la que intercaló, entre secuencia y secuencia, textos de su autoría. Luego, en 1931, dirigió y guionó *Cielo, agua y lobos*. Ambos filmes se destruyeron en el incendio del SODRE de 1971.

Camino al golpe

El 1.º de marzo de 1931 asumió la presidencia de la República el doctor Gabriel Terra, un batllista *sui generis*¹³ al que sus correligionarios más ortodoxos veían con desconfianza. Producto del orden institucional dispuesto por la Constitución de 1918, debía compartir el poder con un Consejo Nacional de Administración que no respondía a sus directrices. Según el artículo 97 de la Carta Magna, correspondían al Consejo «todos los cometidos de administración que expresamente no se hayan reservado para el Presidente de la República o para otro Poder» (Brum, 1917: 182). Por lo cual, recaían sobre sus hombros la representación del país «en el interior y el exterior» y la conducción del ejército y la policía. Nada más.

Esto, como señala Alberto Zum Felde, demandaba que:

La condición para que el equilibrio nacional entre ambas ramas del Ejecutivo se mantuviera normalmente, consistía en que el ciudadano electo para desempeñar la Presidencia fuera una persona de carácter enteramente tranquilo, sin ambiciones de poder; lo cual requería, asimismo, que fuese un ciudadano sin mayor capital político propio, un hombre que aceptase «reinar sin gobernar», limitándose a ejercer su cargo puramente representativo (1987: 255).

En un contexto signado por las sombras de la crisis de 1929 y la emergencia del fascismo en Europa, Gabriel Terra inició una campaña a nivel nacional con la intención de reformar la Constitución, lo que suponía —en principio— modificar el procedimiento de reforma establecido en la misma. Esta exigía dos tercios de votos del total de componentes de cada cámara en una primera legislatura e igual número de votos en la siguiente. El nuevo presidente, sin embargo, proponía que la reforma constitucional se concretara directamente



13 Si bien Terra se mantuvo dentro del grupo de Batlle y Ordóñez, hizo gala de una independencia de criterio que lo llevó a ser visto con recelo por muchos de sus correligionarios. Hijo de José Ladislao Terra, uno de los hombres de confianza del barón de Mauá y exministro de Máximo Santos, accedió a su primera banca como diputado por el departamento de Durazno gracias al padrinazgo del general Pablo Galarza. Ministro en los gobiernos de Williman y Brum, consejero nacional de administración y abogado especializado en temas financieros, a diferencia de Zavala Muniz, se sentía primero colorado y después batllista. Nunca vio con simpatía la idea del colegiado y fue uno de los diputados oficialistas que en 1918 presionaron al líder para que incluyera en el texto constitucional la iniciativa del voto secreto, aunque no estaba seguro de su pertinencia.

por medio de un plebiscito. «Contra el colegiado y por el plebiscito», era su lema.

Además de razones de orden coyuntural o institucional, subyacían otras de carácter filosófico. Según el historiador Enrique Arocena Olivera, Terra creía que «todavía faltaba tiempo para que se produjera el trasiego de oligarquías que gobiernan, a una democracia abierta y alejada de la arbitrariedad» (2005: 12).

A principios de enero de 1933 se produjo un encuentro clave entre el primer mandatario y el líder del Partido Nacional, Luis Alberto de Herrera, en la Barraca de Puig Hnos.,¹⁴ que selló el destino de la república. Con la amenaza en el aire de un levantamiento armado, Terra se decidió a mover sus fichas, mientras Herrera y su familia tomaron distancia, embarcándose a la ciudad de Río de Janeiro.¹⁵

El 30 de marzo de 1933, el presidente de la República dispuso «medidas de seguridad». La Asamblea General se reunió ese mismo día, y, luego de una sesión que se prolongó durante toda la madrugada, las dejó sin efecto.

Justino Zavala Muniz fue uno de los últimos legisladores en hacer uso de la palabra en aquella jornada, dejando en claro su posición en relación con los acontecimientos que se venían precipitando.

No nos mueve, señor presidente, en esta hora, el ánimo político ni la pasión personal, que no sentimos. Aquí está el país representado en sus fuerzas más antagónicas, con las mentalidades más distintas, y, sin embargo, aquí, en la auténtica y la única representación soberana del país...

(¡Muy bien!)

[...] la única que podría en su momento determinado tomar ciertas medidas, raras han sido aquí las voces que se han levantado para justificar la conducta del presidente doctor Terra.

¹⁴ El dueño de casa, Alberto Puig, sirvió de nexo entre ambos líderes políticos en función de su doble condición de consuegro de Gabriel Terra y simpatizante de Luis Alberto de Herrera.

¹⁵ Poco después, desde Brasil, el líder nacionalista proclamará a través de una carta publicada en su diario, *El Debate*: «¡Qué gran suceso acaban ustedes de presenciar! Es consolador lo que estamos viendo: realizado el ensueño de liberación nacional que ardía en el pecho de los buenos ciudadanos [...] Es el comienzo de un nuevo tiempo. Los primeros pasos no pueden ser más acertados [...] Rodeen al presidente, apóyenlo [...] Lo esencial es poner la patria por encima de los partidos [...] Consumada la crisis, yo no hago falta ahí».



Lo que nos mueve y nos une en esta hora, es el sentimiento de la dignidad nacional; lo que nos mueve y nos une es el sentimiento de la responsabilidad histórica de este minuto, unos más, otros menos; pero todos nosotros sabemos, porque hemos visto cuán honda y profunda es la desolación de la guerra. Rodeados por el pueblo estamos aquí deliberando; pero yo pensaba, mientras se oían las palabras oscuras de los que defendían al presidente de la República sin poder expresar claramente su razón, yo pensaba, señor presidente, en nuestros paisanos, en los hombres del campo, cómo será a estas horas su incertidumbre, cómo ellos que no pueden oírnos, ya verán el suelo de la república amenazado por terribles tormentas, y los pobres hombres, los trabajadores del campo, los que están esperando la justicia social —que no puede venir como no sea por la justicia económica—, los que llevan por los caminos muertos el trabajo entre sus brazos —quietos, porque no encuentran tierra que labrar—, los miserables, los agobiados, serán lanzados a la violencia, no para conquistar la justicia, sino para resistir el oprobio de una dictadura que debió haberse perdido para siempre!

(Aplausos en la Asamblea y en la Barra).

Yo, señor presidente, no firmé el documento¹⁶ de mis correligionarios; pero ellos saben bien cuán íntima y profundamente ligados estaba con ellos en la redacción y en la publicación de ese documento. Quiero ser breve y explicar nada más que en cuatro palabras la razón de la falta de esa firma.

Yo no lo firmé, porque está redactado por mí otro documento que una gran asamblea batllista —el Comité Nacional Pro-Reforma Colegialista— ha de publicar cualquiera sea la actitud del Poder Ejecutivo. En ese documento, hay una frase que repito aquí: «Frente a la figura del doctor Navarro que se levanta aureolada con el brillo deleznable que le pueda prestar el Poder Ejecutivo, el pueblo levanta su propia imagen representada en el teniente Ortiz y en Arredondo, aureolados de virtudes».

He terminado (*Cuadernos de Marcha*, 1973: 58).

16 Se refiere al manifiesto redactado por la Agrupación de Gobierno Batllista publicada en el diario *El Día*, el 30 de marzo, en el que se denuncia el intento de «montar en la sombra la máquina de la dictadura» y que eso suponía traicionar «el espíritu luminoso de Batlle, que es la esencia misma del batllismo». Lo firmaron Domingo Arena, Baltasar Brum, Tomás Berreta y Lorenzo Batlle Pacheco, entre otros dirigentes batllistas.

Nótese que, en su discurso, Zavala Muniz hace referencia a los dos caminos que auguraba seguirían los opositores al golpe: el de los «agobiados» lanzados a la «violencia» para resistir el «oprobio» de la dictadura (que luego se concretó en el levantamiento armado de enero de 1935, pero sin la participación popular que hubiese deseado), y el del magnicidio, aludiendo a Gregorio Ortiz, responsable del atentado contra Máximo Santos en 1886, y a Avelino Arredondo, asesino del presidente Juan Idiarte Borda en 1897 (extremo que intentó imitar —sin éxito— el exlegislador blanco y compañero de armas, Bernardo García, el 2 de junio del 35).¹⁷

A esa altura, las cartas estaban echadas.

El golpe

Ante el pronunciamiento de la Asamblea General, el presidente Gabriel Terra se apostó en el Cuartel Centenario, sede del Cuerpo de Bomberos, custodiado por las fuerzas que respondían al entonces Jefe de Policía de Montevideo, Alfredo Baldomir, y desde allí decretó en la madrugada del 31 de marzo la disolución del Consejo Nacional de Administración y del Parlamento, la creación de una Junta de Gobierno que asesoraría al Poder Ejecutivo y la prisión de consejeros, dirigentes y legisladores opositores a la revolución *marzista*.¹⁸

A las 7 y cuarto de la mañana, sonó el timbre de la casa del expresidente Baltasar Brum. Un par de policías habían ido a aprehenderlo. Resuelto a no entregarse, se resistió a balazos.¹⁹ Cerca de las 16 y cuarto de la tarde, luego de rechazar la posibilidad de asilarse en la embajada de España, se dirigió al centro de la calle y se disparó un tiro en el corazón al grito de «¡Viva Batlle! ¡Viva la demo...!»



17 En esa línea se había manifestado Julio César Grauert durante esa misma sesión de la Asamblea General: «Yo entiendo, y lo declaro, señor presidente, que merecerá el bien de la patria el que mate al tirano, el que mate al dictador. Y digo más: en el corazón de cada uno de nosotros debe estar ese anhelo, porque es la única manera de cumplir con nuestro deber». Ver *Cuadernos de Marcha*, «31 de marzo de 1933». N.º 76. 1973, p. 17

18 Gabriel Terra y sus seguidores denominaron al quiebre institucional (y al proceso posterior) que encabezaron como la *revolución de marzo*.

19 En su libro *Cobardía y traición*, el diputado y dirigente batllista, Luis Batlle Berres, reproduce la advertencia que le había hecho Brum: «Yo no abandono mi casa, si el Golpe se da y la policía quiere prenderme, la recibo a balazos. ¡Mato y muero!». Ver en Luis Batlle Berres. *Cobardía y traición*. Buenos Aires, 1933, pp. 67-68.

(Klein, 2017: 256). Con su decisión, procuró despertar una reacción popular (o militar) de resistencia al golpe que nunca se produjo.

Señala Emilio Frugoni con un dejo de amargura en *La revolución del machete*:

El golpe de Estado cayó, en cierto modo, como una piedra en un charco. Salpicó lodo sobre quienes la arrojaron; pero no agitó mucho las ondas de la vida nacional ni levantó grandes olas de indignación pública. Tal vez, en parte, a causa del amordazamiento de la prensa, que impedía al pueblo enterarse bien de lo que ocurría (1934: 176).

Solo dos hechos, dirá el líder socialista, «sacudieron los espíritus» de los uruguayos, o al menos de los montevideanos: el suicidio de Brum y las reuniones de profesores y estudiantes en la Facultad de Derecho; y ambos, solo de modo muy acotado y superficial. Prueba de ello es que, salvo un círculo muy reducido, el grueso de la población montevideana continuó disfrutando plácidamente del último tramo del carnaval y de los días de playa. Los intereses y preocupaciones de los uruguayos parecían correr por otros andariveles.

Algo se había roto, acaso para siempre.

La muerte de Grauert

Tras el golpe de Estado y el suicidio de Brum, Julio César Grauert se convirtió en una figura clave dentro del batllismo. Pasó a desarrollar una intensa actividad contra la dictadura, junto con otros dirigentes de Avanzar. Con frecuencia viajaba al interior del país, que se había convertido en el principal bastión de la resistencia al régimen en ciernes. Lo rodeaba un grupo de jóvenes combativos, entre los que se encontraba Justino Zavala Muniz.

Pese al clima reinante, y a tan solo dos semanas de consumado el golpe, Zavala Muniz pudo estrenar su primera obra de teatro: *La Cruz de los Caminos*. Gracias al éxito de taquilla que rápidamente conquistó, el asedio de las autoridades no pudo impedir que se mantuviese en cartel un tiempo más.

El 23 de octubre de ese año se realizó un acto batllista en el Teatro Escudero de la ciudad de Minas, en el que hablaron, entre

otros, los legisladores Grauert, Pablo Minelli y Juan F. Guichón.²⁰ Al finalizar la reunión, un comisario de la localidad les dio la orden de arresto, alegando que sus discursos habían tenido carácter subversivo. Los parlamentarios se negaron a acatarla y emprendieron su regreso a la capital. La policía de Minas, sin embargo, alertó de la situación a sus superiores, y poco después, cerca de Pando, se les cerró el paso y se les atacó con gases lacrimógenos y balas de Mauser. Grauert recibió varias heridas, que, mal atendidas, le provocaron la muerte tres días después.

El entonces diputado Guichón declaró:

Lo nuestro era como un suicidio. Nosotros sabíamos que tarde o temprano, la dictadura iba a intentar prendernos porque si no lo hacía arriesgaba perder todo su prestigio. Nosotros íbamos a resistir y morir si era preciso, Minelli y yo habíamos elaborado durante mucho tiempo esa decisión. Estábamos dispuestos a ir al sacrificio, como Brum, para precipitar la caída de la tiranía. Julio, que no compartía esa tesis nuestra, fue, sin embargo, el único que murió. No me cansaré de elogiar la dignidad con que lo hizo. No vaciló en acompañarnos en el auto, aún en pleno conocimiento de que en cualquier lugar del camino estaría la policía esperándonos (Montaldo Ferrari, 1996: 36).

Antes de morir, Julio César le pidió a su hermano Héctor que retirara del panteón familiar algunas armas y explosivos que había escondido allí.²¹ Es probable que él y sus correligionarios hayan meditado utilizarlos en el intento revolucionario que más tarde se llevó a cabo, pero en ese momento su deseo era que no corriese más sangre.

El entierro de Julio César Grauert se convirtió en un evento multitudinario. Se calcula que participaron algo más de diez mil personas, flanqueadas por decenas de policías armados. Cuando las autoridades advirtieron que la multitud no doblaba por la calle



20 «En la leyenda de esa trágica noche de octubre de 1933, los opositores blancos de Minas no asistieron obviamente a la asamblea colorada del teatro. Pero en la vereda a oscuras de enfrente, todos también armados, se fue juntando una pequeña y taciturna muchedumbre de blancos, que hicieron saber a los batllistas del teatro que estaban allí para apoyar en lo que fuese». Ver Manuel Flores Mora, *Modos de la carburación nacional. Sobre héroes y tumbas y alacranes*. Revista *Jaque*, 4 de enero de 1985.

21 Semanas después, cumpliendo su promesa, Héctor, que era físicamente pequeño, se introdujo de noche en el panteón y ante la aparición de la policía, se vio obligado a pasar toda la noche encerrado hasta que al amanecer pudo salir (Grauert Sarniguet, 2012: 34-36).

Yaguarón hacia el Cementerio, se desató una batalla campal. Pese a todo, los manifestantes lograron depositar, a modo de símbolo, el féretro frente a la estatua de la Plaza Libertad cubierto por una bandera embarrada. En el Cementerio Central hablaron el dirigente batllista Rogelio Dufour, la líder feminista Luisa Luisi y el miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado José Capozzoli.



Fotografía del sepelio de Julio César Grauert. Archivo Julio César Grauert. Sección Materiales especiales de BNU.

Con su muerte, el batllismo sumó otro *mártir* a su lista, y entre algunos de sus seguidores se fortaleció la idea de la *revolución* como el único medio posible para reestablecer las instituciones perdidas y vengar la sangre del líder muerto. Uno de ellos era Zavala Muniz.

Antes de la revolución

Para que esto fuera posible, se necesitaba a alguien que condujese el movimiento revolucionario. Alguien que tuviese el coraje y la experiencia necesarias, y al mismo tiempo ascendiente sobre las fuerzas rebeldes y prestigio entre la población. Desde el pasado, emergía la figura de Basilio Muñoz, un veterano caudillo (y escribano) de origen blanco al que muchos veían como la persona indicada para desempeñar ese rol. Su figura concitaba un amplio consenso, tanto por sus galardones como soldado,²² como por su decidida e indudable oposición al régimen.

De hecho, no solo no dudó en pronunciarse en contra del golpe de Estado tan pronto este se produjo, sino que además rechazó los ofrecimientos que le hizo el gobierno para que integrara el directorio de los bancos Hipotecario y de Seguros a cambio de su apoyo.

Poco después, Muñoz fue detenido y desterrado a Río de Janeiro junto a Saturno Irueta Goyena, Domingo Baqué y José María Santos. Regresó al poco tiempo, eludiendo a las autoridades, disfrazado de mujer. Se escondió más tarde cerca de la frontera, en Brasil, desde donde retomó sus conversaciones con otros actores políticos y militares de origen batllista, como Tomás Berreta y el general Julio César Martínez.

Dice Washington Bado en su *Crónicas de Batlle y Ordóñez a Gabriel Terra*:

El anuncio de la proclamación de Terra para un segundo mandato fue el fulminante que efectivizó la conspiración. Se habían constituido dos juntas revolucionarias, por cada uno de los partidos, que convergieron en una dirección común. Pero de hecho Muñoz asumió la comandancia de la incipiente fuerza revolucionaria que esperaba contar con el apoyo del general batllista Julio César Martínez, lo que en definitiva y por razones que nunca fueron aclaradas, no se produjo (2014: 120).

Como consecuencia de ello y de que las autoridades brasileñas percatadas de la situación dispersaron a los conspiradores que

22 Recuerda Carlos Quijano: «Su vida militar comenzó en 1875, con la revolución Tricolor, y se cerró en 1935, con la de Enero. Entre tanto participó en la del Quebracho en 1886, en el alzamiento del 96, en las revoluciones saravistas del 97 y de 1904 y en el alzamiento del año 10. Fue el jefe máximo en 1904 después de muerto Saravia, en 1910 y en 1935». Ver *Marcha*, 9 de julio de 1948.

operaban en su territorio, los planes revolucionarios se postergaron, pero no por mucho tiempo.

Ese mismo año, Zavala Muniz fue apresado y procesado. Buscó refugio en su terruño natal, Cerro Largo, donde cuidaron de él, según dicen, los antiguos soldados de su abuelo y algunos de sus descendientes. Un escenario que devolvía a su memoria emotiva su origen y las leyendas que alimentaron su infancia y lo empujaron a la literatura y al servicio público.

Las puntas de su historia parecían tocarse, una vez más, marcándole la hora de pasar a la acción.

La Revolución de Enero

Con la aprobación de la reforma constitucional y su ratificación plebiscitaria el 19 de abril de 1934, se cerró la actuación del doctor Gabriel Terra como presidente de facto. Además de eliminar el Consejo Nacional de Administración e imponer el senado del «medio y medio» (integrado por quince miembros del partido vencedor y quince del que le siguiera en cantidad de votos), la nueva Carta Magna dispuso su continuidad al frente del Poder Ejecutivo hasta 1938.

En aquella elección, concurrió a sufragar más de la mitad de los ciudadanos habilitados, siendo aprobado el proyecto constitucional por el 95,75 % de los votos. Batllistas *netos* y nacionalistas independientes se abstuvieron, rechazando lo que entendían era una elección ilegítima, producto de la coacción y el fraude.

A fines de 1934, empezó a circular entre algunos integrantes del sector militar un folleto titulado *La sombra del Manzanillo* escrito por *George Verité* (seudónimo de *combate* del colorado Luis Batlle Berres). En él, se interpelaba directamente a los oficiales del Ejército:

¿Y cómo es que no aparecen los jefes que, cumpliendo con su deber, salven a la República que está clamando porque, sin grandes esfuerzos, la saquen del caos en que vive? ¿No hay nadie que sienta que si pone las armas al servicio de la legalidad y de la consulta al pueblo sobre los destinos de la República [...] tiene un sitio de preferencia en la historia? [...] ¿Qué exigen para cumplir su hora histórica ciertos jefes que pueden prestigiar al país y luchar por la dignidad del ejército manoseado por Terra,

para ponerse al servicio del pueblo que reclama libertad y les está marcando la segura ruta de su deber? (1934: 32-34).

Era un hecho que las fuerzas opositoras, y en especial algunos sectores del batllismo, buscaban que oficiales ligados a esa fuerza política respondieran al régimen con un *contragolpe* o se plegaran a los planes que estaban en marcha. Con ese fin, hubo charlas y encuentros secretos, que despertaron más dudas que certezas.

Anoche tuve una entrevista con el General X. Yo no lo conocía y debí hablar con él como persona de enlace entre un jefe de cuerpo y yo. Estos hombres del ejército —me refiero a los jefes— ya empiezan a estar contra el gobierno y a conspirar contra él, pero tienen la imprecisión de toda persona que no se mueve por ideales. Son débiles en su acción, irresolutos, calculadores [...]. No hay un hombre fuerte, con miras claras, que se despeje de sus intereses y que ponga su mirada en la República. ¡Se despeje de sus intereses! Estaría mejor dicho que contemplara sus grandes intereses. Salvar a la República [...] ¡Qué gloria! ¡Nadie se atreve a levantar sus ojos al cielo y se alargan por la tierra como babosas!²³



La hora de la acción había llegado. El temor de que Terra y su entorno se eternizaran en el poder los empujó a concretar esa empresa largamente meditada, confiados en que el levantamiento despertaría finalmente la reacción militar y popular que antes no se había dado, y con la cual aspiraban a dar vuelta esa página de la historia.

Para Zavala Muniz, en particular, era el momento de ir al encuentro de su destino y probarse en el campo de batalla, como antes lo habían hecho sus antepasados. Curiosamente, el camino que emprendía en aras de reestablecer el orden conquistado a principios de siglo de la mano de Batlle y Ordóñez y mancillado a su juicio por Terra y sus seguidores, era justamente el que creía que habían clausurado en aquel entonces: el de la *revolución*. El contexto, sin embargo, era otro; y sus posibilidades de éxito, como se verá, eran remotas.

Ganados por el optimismo, algunos desterrados regresaron al país y varios dirigentes nacionalistas y batllistas aceleraron los

23 *Diario de Luis Batlle*. 1933-1935 (Transcripción textual). Archivo General de la Nación, Archivo Luis Batlle.

preparativos revolucionarios (recolección de fondos, compra de armas y fabricación de material explosivo, básicamente). Al mismo tiempo, se abocaron a realizar ejercicios *militares* y de adiestramiento físico con vistas a la acción revolucionaria. Entre ellos, se encontraban los blancos Carlos Quijano, Ismael Cortinas, Saturno Irueta Goyena y Silvestre y Mariano Saravia; y los batllistas Luis Batlle Berres, Tomás Berreta, Alfredo Lepro, Andrés Martínez Trueba, Alfeo Brum (hermano de Baltasar) y el propio Justino Zavala Muniz. Muchos de ellos se convirtieron luego en figuras importantes de la escena política nacional de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado.²⁴ «Como en la *Tricolor* o en el *Quebracho*, se unieron los hombres libres de todos los partidos, contra los *otros*, enlodados en el motín y en sus afrentosas consecuencias», resumió Arturo Ardao, quien también fue de la partida (1996: 11).

Treinta y un años habían pasado de la última guerra civil, cuyos ejércitos Zavala Muniz vio desfilar frente a sus ojos en su Cerro Largo natal, pero a diferencia de aquella contienda, en la que su abuelo sirvió al gobierno colorado persiguiendo a las huestes blancas de Aparicio Saravia, en esta ocasión el bando revolucionario no tendría una divisa determinada, excluyente, sino una que incluyera a todos los enemigos del régimen: la *tricolor*. De hecho, así llamaron a este movimiento armado muchos de sus protagonistas, en virtud del uso de la bandera de los Treinta y Tres Orientales como estandarte y en recuerdo de aquella otra de la que había participado seis décadas atrás el jefe de la revolución, Basilio Muñoz, y en la que también había intervenido —casualmente— otro ancestro de Zavala Muniz, el general Ángel Muniz.²⁵

Recuerda Arturo Ardao:

24 Basta con apuntar que tres de los *revolucionarios* mencionados accedieron a la presidencia de la República: Tomás Berreta, en 1947, Luis Batlle Berres, ese mismo año luego de la muerte del primero, y Andrés Martínez Trueba, en 1951. Justino Zavala Muniz, por su parte, fue electo senador en varios períodos y se desempeñó como ministro de Instrucción Pública, entre otras responsabilidades.

25 Ángel Muniz (1822-1892) fue un militar y caudillo de extracción blanca. En plena *Guerra Grande*, se incorporó al ejército de Manuel Oribe. Fue miembro de la Guardia Nacional y se destacó en el combate contra la revolución encabezada por el caudillo colorado Venancio Flores. En 1870 se sumó a la *Revolución de las lanzas*, liderada por el caudillo blanco Timoteo Aparicio. Tuvo una actuación destacada en las batallas de Sauce y Manantiales.

Combatió en la *Revolución Tricolor* en 1875 y después de la derrota emigró a Brasil, dedicándose a las actividades rurales. Regresó al país en 1880 y se afilió al Partido Constitucional.

En un muy valioso relato de Luis Pedro Bonavita [...] hecho en febrero de 1938 y publicado en marzo de 1944 de su encuentro con Muñoz en San Gabriel, Río Grande del Sur, el 22 de enero de 1935 —es decir, menos de una semana antes de la invasión— se lee: «La señora del general, por su parte, concluía de confeccionar, al lado de su esposo, una amplia bandera tricolor» (1996, 9).

Justino Zavala Muniz da cuenta precisamente de aquella divisa en dos pasajes de *La Revolución de Enero. Apuntes para una crónica*. En primer término:

Amestoy tiene ya puesta en el sombrero la nueva divisa; azul, blanca y roja, en él.

—¡Caramba, coronel Silveira! ¡lo trajeron tan apurado los gobernistas, que dejó la suya arrancada en algún tala? — bromeamos al ver el sombrero del amigo.

—Es que no volví a casa después del aviso y allá se quedó.

Le ofrecemos la nuestra, que llevábamos sin haber usado aún, roja, blanca y azul para los batllistas.

—¿Y usted? — pregunta Amestoy. Le devuelvo entonces ésta que usted mismo, hace algún tiempo, me dio.

—Está sobre noble frente, comandante.

—Muchas gracias. A llevarlas con honor, coronel, nos obligan las manos que las hicieron (1935: 73-74).

Y luego se refiere al destino de la bandera a la que alude Ardao:

Íbamos a abandonar el fogón del General, cuando él nos ofrece una muestra de la cordialidad inalterable que se mantiene entre el comando de la División y el general; obséquianos con los banderines y la bandera tricolor con que desde entonces se señalará en los campamentos la ubicación de los fogones de Basilio Muñoz y del Estado Mayor (200).

Aunque se preveía que se iniciara en febrero, la revolución tricolor estalló a fines de enero de 1935. El día 25 comenzaron las movilizaciones en los departamentos de Florida, Cerro Largo y Montevideo. La situación se precipitó el 27, cuando el general Muñoz invadió el país desde el norte. Al que se le sumaron varios



escuadrones revolucionarios, entre ellos los comandados por Exequiel Silveira y Justino Zavala Muniz.

Basilio Muñoz emitió una proclama con la que buscó despejar dudas y ganar apoyos, resaltando que la revolución no tenía color político ni perseguía el triunfo de ningún partido.

Entre tanto, tomaba cuerpo la División Cerro Largo, integrada por setecientos voluntarios al mando de los jefes batllistas Exequiel Silveira, Juan P. Muniz, Athos Viera, Fermín y Jacinto Mujica, Lionel Escouto Almeida, A. Cascallares, Edmundo Pica, Vicente Silvera y Justino Zavala Muniz, quien ostentaba el cargo de Jefe del Estado Mayor, y los blancos Juan José Valerón y Rufino Silvera.

El día 28, en Cañada Nieto (Soriano), un grupo comandado por el blanco Antonio Paseyro ocupó la comisaria del pueblo. Otra columna, procedente de la ciudad de Mercedes y orientada por Arturo González Viera, se le sumó, y juntos se integraron a una tercera que se había instalado en Paso del Morlán, departamento de Colonia. Allí se produjo el enfrentamiento más significativo y recordado del levantamiento armado, al punto que muchos lo bautizaron de ese modo. Ante el avance inicial de las fuerzas del gobierno, las fuerzas revolucionarias reaccionaron, y tras un intenso intercambio de fuego entre las dos partes, lograron repelerlas. En el episodio fallecieron varios revolucionarios: Alberto Saavedra y Pedro Sosa, ambos blancos independientes, y Raúl Magariños Solsona, de origen batllista. Del lado del Ejército se produjeron cinco bajas (tres en el lugar de los hechos y otra dos más tarde como consecuencia de la refriega). Al día siguiente se organizaron nuevos grupos revolucionarios en diversos puntos del país: Tupambaé, Cerro Chato, Durazno, Rocha, Lavalleja y Treinta y Tres.

El día 30 chocaron en Cerrozuelo (Durazno) integrantes de la División Cerro Largo y efectivos del Regimiento de Caballería N.º 7, en el que un suboficial y dos soldados gubernistas fueron tomados prisioneros.

Entre el 31 y el 1.º de febrero se produjeron choques entre ambas fuerzas en Paso de Moirones (Rivera), Pasaje del Rincón (Rocha), Paso Pereira (Tacuarembó) y Rosario (Colonia). Como resultado, las fuerzas del gobierno apresaron a varios revolucionarios.

El 4 de febrero, la División Cerro Largo acampó en Picada de los Ladrones a orillas del Río Negro, donde se incorporó el oficial

del Ejército Enrique Goicochea y una columna encabezada por el batllista Sofío Díaz. A todo esto, arribó una comitiva de civiles (entre ellos, Juan José Gari, quién se convirtió tiempo después en una de las figuras más prominentes del movimiento ruralista fundado por Benito Nardone) con una propuesta de paz del general Urrutia, que fue aceptada por los insurrectos. Se hizo circular una declaración de licenciamiento y despedida que los jefes revolucionarios, Basilio Muñoz, Exequiel Silveira y Justino Zavala Muniz, dirigieron a «los ciudadanos del Ejército Libertador, Oficiales y Soldados de la División Cerro Largo», cuya redacción se atribuye a Zavala Muniz:

En la madrugada del 28 de enero de 1935, la Historia verá clarear entre las sombras de esta noche de padecimientos que envuelve la República, las limpias luces anunciadoras de que permanece y alienta entre nosotros el claro sol que iluminó tantos días memorables de nuestra tradición [...] Aparte de los conocidos movimientos de nobles camaradas de otras regiones, es evidente que las fuerzas del gobierno, armadas con el dinero del pueblo, quitan en este momento toda posibilidad de una victoria militar a las fuerzas del pueblo.



Mas no habéis fracasado.

Vuestro gesto, oscurecido en lo hondo de vuestra tristeza por la semilla fecunda, la cierta promesa de que de ella partirá, elevado bajo los grandes cielos del país, el árbol de la Libertad (Zavala Muniz, 1935: 267-268).

Pese a esto, dos aparatos biplaza Potez 25 despegaron de Melo, piloteados por los capitanes Mariano Ríos Gianola y Cecilio Bencancur junto al mayor Medardo Farias y el cabo Alfonso Izarra. Se unieron en vuelo a otra aeronave, proveniente del departamento de Durazno, conducida por el capitán Oscar Sánchez y el teniente Raúl Amighetti.²⁶

A media mañana la escuadrilla localizó a la División Cerro Largo. El humo de los fogones del campamento permitió ubicar a los revolucionarios. De un lado del Río Negro, se apostaba el grueso de las fuerzas tricolores. Del otro lado, protegidos por un monte, la caballada y el comando revolucionario. Minutos después, por

²⁶ Oscar D. Gestido, mayor de las fuerzas aéreas, revistó en Santa Clara, esos días. «No hay constancia de que haya efectuado misiones de ataque», recuerda Carlos Machado en *Historia de los Orientales* (1972: 321).

orden del Estado Mayor del Ejército gubernista, fueron bombardeados desde el aire, provocando la muerte de Enrique Goicochea, Luis J. Gino, Basilio Pereira y Segundo Muniz. Con esa acción, el levantamiento terminó de desmoronarse y la División Cerro Largo se disolvió.

El día 6 de febrero, Basilio Muñoz cruzó la frontera y se asiló en Brasil.

Al día siguiente, el gobierno decretó la desmovilización de sus fuerzas. La revolución había terminado.

Para los investigadores Juan Carlos Luzuriaga y Loreley De los Santos «el objetivo revolucionario era política y militarmente viable». Distinguen, por un lado, el «objetivo político-militar», consistente en la remoción de las autoridades, luego de que las Fuerzas Armadas reaccionaran en procura de restituir el marco institucional previo al 31 de marzo de 1933; y por otro, un «objetivo político de mayor aliento» en el que confluían los sectores nacionalistas y batllistas más radicales, orientado a enfrentar las causas profundas de la crisis: la dependencia y el imperialismo (1994: 56-57).

Sin embargo, la escasez de armas y pertrechos de los rebeldes, la falta de coordinación de los levantamientos que se produjeron en diferentes puntos del país, la renuencia de los jefes militares de plegarse al mismo y, más aún, su activa y decidida intervención con vistas a reestablecer el orden acatando las directivas emanadas por el Poder Ejecutivo, truncaron toda posibilidad de éxito del movimiento armado.

El historiador Raúl Jacob subraya que «hubo fallas organizativas, pero, sobre todo, se apostó al espontaneísmo: se creyó que el levantamiento sería la chispa que encendería la insurrección» (1983: 72). Claramente, no fue así. «Nadie se ha lanzado a la calle a gritar su solidaridad con los paisanos que ya van por el campo, luchando por la libertad de todos», se quejará Zavala Muniz en *La Revolución de Enero*.

Podría haberse esperado la adhesión de los otros partidos opositores, así como de los sectores sindicales, pero estos se enteraron de la insurrección sobre la marcha. Al parecer, esto respondió a una estrategia deliberada de las fuerzas rebeldes de no darle participación a los opositores de izquierda, ya que no querían sumar un elemento de confusión que le restara el eventual favor de los jefes militares.

Asimismo, vale agregar que el Partido Socialista rechazó participar, aunque algunos de sus afiliados lo hicieron a título personal, y el Partido Comunista adoptó frente al movimiento revolucionario una «neutralidad hostil» (Aparicio, 2022: 20).

A las razones que explican el fracaso de los revolucionarios se les debe sumar las que explican el éxito de las fuerzas gubernistas. Como se desprende de la investigación realizada por la Tte. 2.º (Eq.) Lic. Alicia B. Otero, el Ejército estaba al tanto desde tiempo atrás del proceso revolucionario que se venía gestando y en consecuencia tomó los recaudos necesarios con anticipación. Asimismo, valora la calidad de su armamento, los medios de comunicación y transporte con los que contaba y, fundamentalmente, el alto grado de profesionalización de los efectivos que intervinieron; en especial el de una camada de oficiales recién egresados de la Escuela Militar, que aplicaron nuevos conceptos tácticos y estratégicos (Otero, 2005).

Un desenlace esperable, que no empañó, sin embargo, el espíritu que la inspiró.



Después de la revolución

Abrumado por la derrota, Zavala Muniz marchó al destierro. Se radicó en la ciudad de Bagé, donde residió durante algunos meses, pero como consecuencia de sus vínculos con el movimiento revolucionario que estalló en diciembre de ese año en el país vecino, regresó a nuestro país.

Idénticos episodios le ha tocado vivir al nieto y al abuelo. En 1901, Justino Muniz huye a Brasil cruzando la punta del Cerro Aceguá guiado por el baqueano «Chengo» Mansilla y se refugia en la estancia de Juan Fileto Correa. El exilio dura siete meses. En 1935 un nieto de Justino Muniz —Justino Zavala Muniz—, cruza la Punta del mismo cerro guiado por un nieto del «Chengo» Mansilla para refugiarse en la misma estancia y permanecer en el exilio por siete meses (Rabajoli de Zavala, 2002: 6).

Cerrado el camino de las armas, retomó el de las letras. Durante su exilio, recogió sus impresiones y vivencias en una obra de carácter testimonial, que publicó ese mismo año: *La Revolución de Enero*.

Apuntes para una Crónica.²⁷ Con ella, se sumó a la lista de obras condenatorias del régimen terrista en la que figuran *La revolución del machete* de Emilio Frugoni, *Cobardía y traición* de Luis Batlle Berres, *Hacia la dictadura* de Gustavo Gallinal y *Pasado y presente* de Ricardo Paseyro.

Respecto a los hechos de enero de 1935, concretamente, es la primera y una de las pocas obras dedicadas a analizarlos desde la perspectiva de sus protagonistas (vale mencionar en este sentido *La Revolución de 1935. La lucha armada contra la dictadura* de Adolfo Aguirre González y *La Tricolor Revolución de Enero. Recuerdos personales y documentos olvidados* de Arturo Ardao, publicados varias décadas después).

Buscó, sin éxito, contrarrestar la campaña emprendida por el gobierno tendiente a desvalorizar el levantamiento (Terra la tildó de «chirinada» y a los combatientes de «bandoleros») y minimizar sus dimensiones a través de la censura de diarios y radios, imponiendo una visión distorsionada de ese proceso que en buena medida persiste hasta nuestros días, pese a los intentos de algunos historiadores contemporáneos de revisar aquel período.

Vuelto al país, Zavala Muniz estrenó en 1938 su segunda obra de teatro, *En un rincón del Tacuarí*, que retiró de cartel poco después para no someterse a la calificación de «franja verde» que le impuso el gobierno.

Un año después se casó de nuevo, esta vez con María Julia Garayalde, y tuvo con ella dos hijos: Francisco Alberto (1944) y Eugenia (1947). En 1940 estrenó *Alto Alegre* y en 1942 *Fausto Garay un Caudillo*. Ese mismo año fue electo senador de la República y gracias a su intervención se creó el Instituto Nacional de Colonización. Desde entonces, fue reelecto en dos ocasiones, al tiempo que llevó a cabo una intensa labor a través del «Movimiento de Ayuda al Pueblo Español» en su lucha contra el régimen franquista, y en la Comisión de Teatros Municipales, desde donde impulsó la creación de la Comedia Nacional, la Escuela Municipal de Música, la Escuela Municipal de Arte Dramático y el Museo y Biblioteca del Teatro.

²⁷ La obra está dedicada a sus compañeros de la División Cerro Largo: «en el recuerdo conmovido de Enrique Goicoechea, Segundo Muniz, Luis J. Gino, Basilio Pereira y Marcos Mieres, muertos en el servicio de la República».

Consultado en 1950 por la poeta y narradora Clara Silva, acerca de sus datos biográficos y bibliográficos más significativos, su secretaria respondió por él de la siguiente forma:

Puedo afirmarle que lo único que él considera digno de ser recordado es su lucha permanente, muchas veces clandestina en el plano nacional o continental, por la libertad en América y a favor de España, y que en su sala de trabajo tiene colocado, en lugar preferente, la divisa tricolor que usó en la Revolución de Enero del 35.²⁸

Referencias bibliográficas

- AGUIRRE González, A. (1985). *La Revolución de 1935. La lucha armada contra la dictadura*. Librosur.
- AÍNSA, F. (1968). «La narración y el teatro en los años veinte», en Capítulo Oriental n.º19. Centro editor de América Latina.
- APARICIO, F. (2022). *Treinta Años de Stalinismo en Uruguay (1938-1969)*. Crítica.
- ARDAO, A. (1996). *La tricolor revolución de enero. Recuerdos personales y documentos olvidados*. Biblioteca de Marcha.
- AROCENA OLIVERA, E. (2005). *El cucharón en la olla. Uruguay entre los dos batllismos (1929-1947)*. Naxos Industria Gráfica.
- BADO, W. (2014). *Crónicas de Batlle y Ordóñez a Gabriel Terra. Amansarse para vivir o rebelarse y morir*. Arca.
- BATLLE BERRES, L. (1933). *Cobardía y traición*.
- _____. (1934). *La sombra del Manzanillo*.
- BRAUSE, A. (2019). *Don Tomás Berreta. El hombre que se forjó a sí mismo*. Artemisa.
- BRUM, B. (1917). *Constitución de 1917. Concordada y anotada por Baltasar Brum*.
- CAETANO, G. (1993). *La república conservadora (1916-1929). Tomo II: La guerra de posiciones*. Fin de Siglo.
- _____. (2023). *La novedad de lo histórico. Política, derechos, integración y democracia*. Planeta.
- CIGLIUTTI, C. W. (1975). *Vida de Don Tomás Berreta*. Imprenta Rosgal.
- DI CANDIA, C. (1990). *Tratos, retratos y destratos*. Volumen Uno. Ediciones de Búsqueda-Editorial Ágora.
- DIDIZIAN, K. (1967). *Julio César Grauert: discípulo de Batlle*. Avanzar.
- FARAONE, R. et al. (1966). *Cronología Comparada de la Historia del Uruguay. 1830-1945*. Universidad de la República, Dpto. de Publicaciones.



28 Carta de Esterlina Vignart, a Clara Silva. Montevideo, 10 de mayo de 1950. Archivo Zavala Muniz, BNU.

- FEDELE, C. (2019). *¡No les perdonaremos nada! Batllismo y Golpe de Estado de 1933: el principio del fin*. Editorial Debate.
- FRUGONI, E. (1934). *La revolución del machete*.
- JACOB, R. (1983). *El Uruguay de Terra. 1931-1938*. Ediciones de la Banda Oriental.
- GRAUERT SARNIGUET, H. (2012). *Crónicas de Héctor Grauert y la saga de los Grauert*. Arca.
- KLEIN, F. (2017). *Baltasar Brum. El suicidio de un presidente*. Planeta.
- LUZURIAGA, J. C. Y DE LOS SANTOS, L. (1994). *Paso Morlán. La protesta armada del 35*. Ediciones de la Banda Oriental.
- MACHADO, C. (1972). *Historia de los Orientales*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MONTALDO FERRARI, F. (1996). «La muerte de Grauert en fotos. Un testimonio gráfico del Montevideo «resistente» de 1933», revista *Postdata*, 8 de noviembre, p. 36.
- MUSLERA, F. (2018). *Sin maquillaje. Historias de la Comedia Nacional en el siglo XXI*. Aguilar.
- PAZ AGUIRRE, E. (1989). *Episodios de una vida ejemplar, Luis Batlle*. Suplemento homenaje, *Lea*.
- NAHUM, B. *et al.* (2011). *Crisis política y recuperación económica. 1930-1958*. Historia Uruguay Tomo 9. Ediciones de la Banda Oriental.
- OTERO, A. B. (2005). *La Revolución de 1935. El final de una época*, en Boletín Histórico del Ejército, n.º 327-330.
- QUIJANO, C. (1989). *Los golpes de Estado (1933-1942)*. Volumen 1. Editorial Salamandra.
- RABAJOLI DE ZAVALA, G. (2002). *Biografía Justino Zavala Muniz*. [Archivo PDF]. https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/bitstream/123456789/31231/1/biografia_jzm.pdf
- S/A. (1973). *El Parlamento frente al golpe*. Versión completa de la reunión de la Asamblea General en la noche del 30 al 31 de marzo de 1933, Cuadernos de Marcha, *31 de marzo de 1933*. (n.º 76).
- SANGUINETTI, J. M. (2014). *Luis Batlle Berres. El Uruguay del Optimismo*. Taurus.
- SILVA GRUCCI, G. (2017). *Historias que no nos contaron*. Editorial Fin de Siglo.
- TERRA, G. (1938). *La revolución de marzo*. M. Gleizer Editor.
- TROCHÓN, Y. Y VIDAL, B. (1993). *El Régimen Terrista (1933-1938). Aspectos políticos, económicos y sociales*. Ediciones de la Banda Oriental.
- WILLIMAN, J. C. Y M. ORTIZ, R. (1969) *La crisis de 1930 en el Río de la Plata*. Fondo de Cultura Universitaria. Cuadernos de Historia 1.
- ZAVALA MUNIZ, J. (1935). *Revolución de Enero. Apuntes para una crónica*. Ex Libris.

- _____. (1945). *Battle. Héroe civil*. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1954). Justino. *Crónica de la Rreja*. Aguilar.
- _____. (1966). Justino. *Crónica de un crimen*. Colección de Clásicos Uruguayos, Volumen 107.
- ZUM FELDE, A. (1987). *Proceso histórico del Uruguay*. Arca.



Retrato de Juana de Ibarbourou en el hotel Nuevo Rivera, poco después de su casamiento.
Serie iconografía. Archivo Juana de Ibarbourou. Archivo Literario de BNU.